

## SUMARIO

Sermón Laico.....	R. B. M.
El Lector.....	M. Gorki
La casa maldita.....	Bolívar.
Miscelánea.....	
Información.....	
Cables.....	

Gerente: ROBERTO BRENES MESÉN

## SERMON LAICO

### LOS DERECHOS DEL NIÑO

La barbarie hizo al padre amo, propietario de sus hijos y de su mujer. El derecho romano, tan sabio en muchas de sus prácticas, fué excesivamente cruel al instituir la patria potestad. El jefe de la familia poseía el derecho de vida y muerte sobre sus hijos, el derecho de venderlos y de exponerlos. Con frecuencia esas historias de la antigüedad que se ponen en manos de los jóvenes enaltecen la conducta de padres que condenaron á muerte sus propios hijos, como si ese no fuese también un crimen monstruoso.

Los padres de familia de aquella época ni amaban á sus hijos, ni eran hombres de sentimientos magnánimos. Lentamente las costumbres, dulcificando á los hombres, lenificaron las leyes. Dejaron los padres de aplicar ellos mismos las penas, para encargar á las autoridades ese cuidado, pero todavía á petición de los padres.

Avanzando en cultura los hombres no se han sentido ya con derechos sobre la vida de sus hijos, y aunque todos los códigos de los pueblos civilizados fijan determinados límites al derecho de corregir, es lo cierto que cediendo á las antiguas tradiciones, les conceden demasiado á los padres. Las costumbres presentes no han dejado de ser bárbaras: respetamos los cuerpos, pero atentamos contra los otros derechos del niño. Como si más sagrados no fuesen! Si los padres engendran un hijo, éste, desde que nace, tiene derechos á la vida. Contra quienes? Contra sus padres en primer término, contra sus parientes en segundo, contra la sociedad entera

después. No son los padres quienes tienen derechos, son los hijos, y á los padres sólo corresponden deberes respecto de aquellos á quienes llaman á la vida.

En el instante de llamarlos no se piensa en ellos y esto para hombres que viven orgullosos de su dominio sobre la tierra, de su superioridad sobre los otros seres, es un hiriente contrasentido. No cabe al padre el derecho de traer un hijo al mundo para hacerlo desgraciado. La solidaridad de la humanidad se opone á esa crueldad, porque mientras más desventurados sean los individuos más débil aparecerá la Humanidad.

La moral clásica habla de los deberes de los padres, esta otra más alta proclama los derechos de los hijos. Y lentamente las legislaciones irán inspirándose cada vez más en estos principios de moral social. No quiere decir esto que los hijos entablarán á cada momento reclamos violentos contra sus padres: estos aprenderán á respetarlos, como hoy se respetan en nuestros semejantes la libertad de trabajo, la inviolabilidad de la correspondencia, la libertad de ir y venir. Y el estado amparará energicamente esos derechos.

Cuales son ellos? El derecho á la alimentación, habitación y vestido; el derecho á la educación y el derecho á adoptar una religión que sea conforme con su educación y su conciencia. Son los principales, en ningún caso los únicos.

Cuántos padres son los que creyéndose en el deber de imprimir sus propias creencias en la conciencia de sus hijos violan ese primordial derecho que defendemos contra los demás hombres! Con cuanta indignación repelemos los atentados á esa libertad nosotros! Y no obstante, juzgándonos dueños de la conciencia de nuestros hijos, violamos su derecho imponiéndole creencias que rechazará más tarde, ó que aceptará de una manera pasiva, sin resolución para defenderlas ni fuerza para rebelarse contra ellas. Ese atentado es violento é injusto. Pero llegará la hora en que el Estado, dándose clara cuenta

de esos derechos del niño legisle en el sentido de ampararlos.

Así como cuando se comprendió que los niños tienen derecho á la instrucción esta se declaró obligatoria, para que los padres no eludieran el cumplimiento de ese deber, así llegará también el Estado á proteger la conciencia de los niños contra las violaciones de que son objeto por parte de los padres y vendrá la declaración de los derechos del niño.

R. BRENES MESÉN

## El Lector

La misma realidad que quisimos reconstituir, nos ha vencido y quebrantado. ¿Qué haremos? Probemos. Quizás la imaginación y la fantasía ayudarán al hombre á levantarse algún tiempo sobre la tierra para hacerle descubrir de nuevo el puesto que perdiera.

Perdido, ¿no es verdad? ¿No es cierto que el hombre ya no es el soberano del mundo, sino el esclavo de la vida, y que ha perdido el orgullo de la primogenitura, para aceptar los hechos consumados? Si; de los hechos que él creara, saca una deducción y dice: "Ved una ley inevitable." Y sometido á ésta ley, no observa que pone una barrera á la creación libre de la vida, luchando por su derecho á demoler, con intención de construir. Si se quiere, no lucha tampoco; se adapta. . . . Por qué luchará? ¿Dónde están esos ideales inspiradores de acciones heroicas? He ahí por qué se desliza la vida tan pobre y penosamente; he ahí la razón de que el genio creador no siga inspirando al hombre. . . . Algunos piden al acaso algo que dé alas al espíritu y restablezca en el hombre la fé en sí mismo. No siempre se mira allí donde está guardado lo que es eterno, lo que unifica á los humanos, donde Dios mora.

Cuanto se engañen en los caminos de la verdad, morirán; sí, que mueran; ¿á qué contrariarlos ó compadecerlos, cuando sobran hombres? Lo importante es la aspiración, el deseo de encontrar á Dios y de saber, si hay en la vida algo más que aspiren á este encuentro. Dios será con ellas y El las vivificará, porque El es la aspiración infinita al ideal. . . . No es verdad?

— Sí—contesté.

—Siquiera eres razonable—observó mi interlocutor con mordaz sonrisa. Y quedó silencioso un momento, con la mirada vagando en lontananza. Parecióme que ca-

llaba demasiado rato y suspiré con impaciencia.

Entonces, sin mirarme, sin dejar de mirar el horizonte—me preguntó:

—¿Quién es tu Dios?

Hasta aquí, el tono de su voz había sido dulce y acariciador, y agradable de oír. Como todos los hombres que piensan, mi personaje se mostraba algo triste, me interesaba y daba al traste con mi timidez. Y, de pronto, me disparó aquella fatal pregunta, cuya respuesta es tan difícil para un hombre de nuestro tiempo, sobre todo cuando este hombre es veráz y sincero: ¿Quién es mi Dios? ¡Si yo lo supiera!

Perplejo estuve ante la pregunta del desconocido; y, ¿quién en mi caso no lo estaría? Y, en tanto esperaba mi contestación, me miraba con sus ojos punzantes y sin dejar de onreir.

—Tu silencio me da á entender que no tienes respuesta que darme. Pero talvez contestes mejor á este otro enunciado; ya que escribes y que millares de hombres te leen, ¿cuál es tu apostolado? ¿Reflexionastes en tu derecho de instruir?

M. GORKI

## La casa maldita

Y sin embargo aquella casa, situada en uno de los valles más pintorescos del territorio costarricense, pareciera ser el albergue de la felicidad.

Rodeada de un pequeño jardín á la sombra de cuyos piñanos las fuentes murmuraban sin cesar y los pajarillos ensayaban sus dulces cantos, se diría la morada del amor.

Su joven dueño no tiene el aspecto repugnante del malvado. Por el contrario, en su mirada brilla el fulgor de los nobles sentimientos; jamás el necesitado acudió á sus puertas sin que su mano generosa aliviara su dolor; todos le hablan con cariño y en su presencia una corriente misteriosa de simpatía los atrae hacia él. No se pudiera pensar, á su lado, que aquél fuera el habitante de la casa situada en uno de los valles más pintorescos del territorio costarricense, que nadie visita y que se señala con el dedo de la mano con una especie de supersticioso terror.

Su joven dueño habló un día al pueblo. Lo contempló pobre, hambriento, haraposos y quiso en su loco afán de felicidad universal abrir los ojos de ese pueblo para mostrarle la causa de su miseria. Y habló con claridad deslumbradora. Y arrancó con mano enérgica el antifaz de los falsos ídolos; mostró al pueblo los falsos apóstoles envolviéndolos en las tinieblas de la ignorancia para chuparlos